París : con motivo de las presentaciones

Autor(en): **[s.n.]**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suizos [Edición español]**

Band (Jahr): **- (1953)**

Heft 2

PDF erstellt am: **29.05.2024**

Persistenter Link: https://doi.org/10.5169/seals-797459

Nutzungsbedingungen

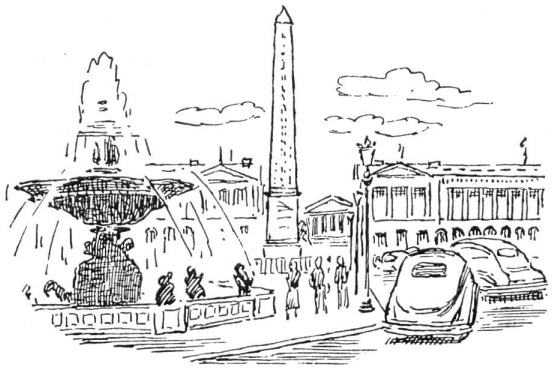
Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

http://www.e-periodica.ch



PARIS

Con motivo de las presentaciones

No, no pretendo hablaros de las presentaciones de la moda para esta primavera de 1953. Ya en el último número de «Textiles Suizos» se os dijo perfectamente lo que en ellas había a la par de disparatado, de desconcertante y a la vez de encantador. Y las fotografías que ilustraban ese número de la revista, así como las que figuran en el presente, son más bellas que cualquier descripción y más elocuentes que todo comentario. Porque la moda para la primavera siempre será una apoteosis de los tejidos vaporosos, aéreos o florecidos.

El deseo que me anima es más sencillo, pero también más ambicioso ; consiste en poner de relieve la utilidad de que perduren esas representaciones. ¿ Sabéis que pronto serán ya centenarias ? — En efecto, según se cree, fué en 1856 cuando fueron inventadas por el fundador de la dinastía de los Worth impulsado por el amor. Acababa de casarse con su maniquí o, como se decía por entonces, con su « señorita de almacén ». Realizaba sus creaciones sobre el cuerpo mismo de su esposa que le servía también para enseñar los últimos modelos debidos a su talento. ¡ Cuánto se le debe a aquel Carlos Federico ! El fué quien inventó todo lo referente a la modistería moderna, a partir del establecimiento en aquel barrio apartado que era por entonces la « rue de la Paix », hasta la colaboración con los fabricantes de tejidos de seda, de algodón y de lana, sin olvidar a los fabricantes de encajes auténticos o mecánicos.

Fué un apóstol al mismo tiempo que un advertido comerciante. A continuación, sus sucesores no hicieron más que perfeccionar la fórmula, pero ninguno de ellos llegó jamás a lograr las cifras de ventas de aquel modisto bigotudo. ¡ Qué audacia para un comerciante de aquella época ! (¡ Me refiero al bigote !) Hacia 1868 y 1870 realizaba anualmente ventas por 50 millones de francos oro, esto es, por más de diez millares de millones de francos franceses de los de ahora. Ya no existe su « château » del Mont Valerien ; el famoso comedor, en el que todos los muebles y todos los objetos representaban caracoles, fué desmantelado por el pico de los albañiles y en su lugar se alza ahora una amplísima casa de salud. Pero, más que un mero nombre, más que un recuerdo, lo que ha dejado es una vía gloriosamente trazada.

Y desde hace unos cien años, lo mismo si los alemanes se encuentran a las puertas de París, como en 1914, que si las franquean, como en 1940, los salones de las casas de costura presentan a diario, a pesar de las convulsiones políticas o militares, del frío, de la canícula, de las huelgas, de la carencia de alumbrado o de calefacción, unas colecciones que han de ser cada vez más bellas y siempre renovadas.

Al principio de cada una de las estaciones, los fabricantes de textiles asisten a las presentaciones para ver cómo han sido tratados sus hijos después de que se los propusieron a los creadores. Aquella visita ritual que tuvo lugar unos dos meses antes de la presentación de los nuevos modelos se repite siempre idéntica a sí misma. Cuando vienen, los tejidos, las puntillas, los bordados, se encuentran esmeradamente ordenados en baúles. Van colocando las muestras, una a una, sobre la mesa ante la cual está sentado el modelista que adopta voluntariamente un aspecto impasible. Sin pronunciar una palabra, este último desecha lo que no le gusta, barriéndolo de la mesa de un manotazo. A veces, al padre le preocupa el que uno de sus hijos preferidos no haya gustado, pero suele conservar casi siempre la misma impasibilidad que su contrincante, y sus ayudantes van apilando de nuevo las muestras desdeñadas.

Pero ya no es lo mismo el día de la colección. El padre va a volver a ver a sus hijos al salir del internado y a menudo, además de estar ufano, se pasma al ver en ellos nuevas virtudes que no hubiera creído posible fuesen exaltadas.

Durante meses, el fabricante tuvo que escuchar las quejas de los modistos que se lamentan sobre los tiempos actuales, sobre la carencia de poder de compra por parte de la clientela, que gimen agobiados por impuestos y contribuciones, que invectivan contra las importaciones difíciles y las exportaciones problemáticas, que truenan contra los que los imitan, que se creen acosados de la ruina o acorralados al suicidio.

Algo hay de cierto en todo eso, pero el fabricante sabe perfectamente que la modistería se renueva (lo mismo que Anteo, hijo de Neptuno) cada vez que entra en contacto con su suelo, el suelo de París. Entonces lo toma a pecho filosóficamente ya que sus nobles esfuerzos de artesano no fueron y no serán nunca vanos. Los sacrificios que aceptó para llegar a complacer a esa Gran Coqueta que es la Costura resultarán sacrificios remuneradores. Seguirá escuchando las quejas, se hace cargo de lo que es comedia y de lo que es tragedia y prosigue su labor.

Y la vida de París continúa. A diario, en los salones del modisto se reune una muchedumbre para asistir a la presentación. Como en el teatro, en la modistería hay función todas las tardes. Las actrices representan sólo papeles mudos, aunque se expresen bien con el busto, las piernas y los pies. Algunas veces, el desfile salta por encima de las candilejas con motivo de alguna soaré en París, o bien, el espectáculo tiene lugar en un salón que sirve de escenario. Un estreno general en el Teatro Francés de una pieza de Jean Anouilh o de Marcel Achard, una nueva serie de ballets de Roland Petit o del Marqués de Cuevas, un espectáculo inédito en la Opera basta para ver los vestidos de las presentaciones diseminados y llevados por las damas de París.

Frecuentemente también, el desfile se realiza sobre el escenario al mismo tiempo que en la orquesta, como ocurrió hace pocos días en la revista de Doelnitz « Triple Galop ».

Ya se va preparando París para la temporada. Los vestidos podrán ser vistos entonces hasta en los hipodrómos, en el Campo de Polo de Bagatelle, en los restaurantes del Bosque de Boulogne o en Monfort, en casa de Carrère.

Pero, en el fondo, se trata siempre de presentaciones de la Moda, figurando en primera fila el mismo público de damas de la Sociedad, de gente pudiente y de periodistas.

Solamente que, en vez de bailar bajo los haces de los proyectores, los organdíes revolotean al sol, sobre un fondo de verdor.

Y todas las tardes a la misma hora, impasibles y sonrientes, las que se ha dado en llamar maniquíes, seguirán presentando sobre sus cuerpos altos y flexibles los más bellos tejidos del mundo, los que París elige y presenta.

X.X.X.